

6

Luz del sol en una cafetería

Sunlight in a Cafeteria, 1958
Óleo sobre lienzo, 102,2 x 152,7 cm

La persiana de mi habitación, la que daba al patio, siempre la mantenía cerrada. Cuando estaba dentro, también echaba el cerrojo a la puerta. Era para evitar un susto, porque después de robarme el ordenador portátil, poco más se podían llevar. Pero el miedo, como el amor, es muy probable que te impulse a hacer cosas ridículas.

No tenía aire acondicionado ni ventilador. El calor en mi cuarto solo era soportable mientras dormía, pero en cuanto me despertaba tenía que salir de allí para tomar el aire. Me levanté y fui a por un vaso de agua. En la cocina, Lito envolvía pechugas para congelar. El saludo entre ambos apenas fue audible. El sevillano tan solo vestía con unos pantalones cortos de chándal. Cada día estaba más moreno y musculado. También más imbécil.

Lucas rompió el silencio con un gran portazo al entrar en el piso. Apareció en la cocina con una de sus camisas hawaianas y una enorme sonrisa. Era de esas personas que sonríen con la boca y con los ojos. Estaba exultante.

—¡Poneos guapos que hoy invito a comer donde queráis!
—dijo.

—No puedo. Entro a trabajar a las dos —contesté yo.

—Yo he quedado con una chavalita —contestó Lito.

Lucas no se dio por vencido. E insistió:

—No importa, os invito a desayunar. Tristes, que sois unos tristes.

Lucas había ganado un juicio por un despido improcedente hacía años. Y aquella mañana le habían ingresado la indemnización. Alrededor de doce mil euros. Suficiente para vivir un tiempo sin trabajar demasiado y para invitar a un desayuno completo.

Fuimos a un bar que quedaba a unos diez minutos del piso. Era uno de esos establecimientos que trataban de imitar a las cafeterías típicas de carretera americana. Nos sentamos a una mesa junto a la ventana. Pedimos zumo, huevos con beicon, tortitas, gofres, café y helado.

—Yo estoy pendiente de la sentencia de un despido improcedente —nos informó Lito—, me deben treinta mil euros.

Ni Lucas ni yo quisimos indagar más sobre el tema. Lito siempre te superaba la apuesta con cualquier cosa que dijeras. Buena o mala. Él ya lo había hecho antes y mejor. Por ejemplo, si comentabas que te habías comprado un coche, Lito replicaba sin pudor que él había tenido un Maserati, y remataba con coletillas tipo «eso tú no lo has conducido en tu vida». Si decías que tenías un pequeño problema cardiovascular, él respondía que de crío le operaron a corazón abierto y estuvo ingresado cuatro meses en el hospital, y concluía con «eso no lo supera cualquiera y menos tú». Ni siquiera daba un tiempo de cortesía para apreciar lo tuyo, necesitaba inmediatamente eclipsarlo y aplastarlo con lo suyo. Era una de esas personas que todo lo habían hecho «más rápido, más alto, más fuerte».

—Cuando era un chaval —siguió Lito—, el desayuno que nos servían cada día en el palacete familiar era espectacular. La mesa parecía la de un bufete de lujo.

—¿Tú eres rico? —preguntó Lucas.

—Lo fui. Teníamos servicio en todas las casas.

Lito no defraudaba.

—Hoy no te quedes con hambre —dijo Lucas—, tómatelo como si estuviéramos en tu palacete y tú fueras ese niño rico.

Nos acabamos las tortitas y pedimos una ronda de gofres de chocolate y más café. Preguntamos si tenían churros. No tenían.

Lucas trabajaba de noche los fines de semana. Estaba en el departamento de logística de una empresa de transporte. No hacía gran cosa, así que ese empleo le permitía ver películas y leer en la oficina. Con lo que ganaba tenía suficiente para vivir y disfrutar durante la semana. Lucas siempre tenía algo que hacer. No conocía el aburrimiento. Aseguraba que le gustaba hacer cosas imprevistas solo por ver qué pasaba.

Antes de acabar el desayuno le pregunté por los paquetes que recibía prácticamente a diario. Me contó que había copiado la idea de un tipo con el que se topó en una página web. A lo largo de dos meses, escribió cartas de su puño y letra a más de mil compañías indicando que era un gran admirador de la marca y que toda la vida había usado sus productos. Las empresas se emocionaban y agradecían el gesto humano con algunos de sus productos para devolver el detalle. Lucas añadió a la propuesta una foto editada con un tatuaje del logo de la firma en el lado izquierdo del pecho.

Durante un tiempo no recibió ninguna respuesta. Y un día se aburrió de escribir a mano y usar el Photoshop y se puso con otra cosa. Imaginó que sería un truco trillado y que el departamento de comunicación de cualquier empresa medio grande estaría alerta. Aunque en las últimas semanas comenzaron a llegar paquetes de todo tipo de compañías. Yo recibí los primeros obsequios, pero los transportistas no paraban de llamar al timbre. La mayoría eran productos de promoción sin mucho valor.

Felicité a Lucas por su idea. Chocamos las palmas de las manos.

Lito dio un sorbo a su café, nos miró muy serio y dijo:

—Yo trabajo para la CIA y la NASA.

Les dejé en la cafetería. Se hacía tarde para ir a trabajar. Al

menos, tras el copioso desayuno, no tenía que cocinar nada para almorzar.

De camino a casa recibí un mensaje de Elia. Me invitaba a ir aquella tarde a un bar con sus amigos. Gente del cine y la música, dijo. Me dio reparo decirle que tenía que trabajar limpiando batidoras gigantes. Además, aquel era el último día en aquella fábrica. Le contesté que tenía la tarde ocupada.

El miedo. El miedo a qué.

El miedo cuando se mezcla con el amor siempre te impulsa a cometer actos el doble de ridículos.